

opresión y la venganza; ni un corazón patriota, porque sería el estrago y la ruina; ni siquiera el sentido común, porque salta a los ojos su imposibilidad. La hemos visto funcionar en Hungría y en Rusia: la experiencia es suficiente.

La táctica tiene esencialmente dos variedades: la huelga, parcial o general, y el amedrentamiento de la clase burguesa en una u otra forma, o sea la violencia, que principia en la coacción moral y termina en el crimen. La primera es común a sindicalistas y socialistas; la segunda, la repudian los socialistas, salvo en etapas finales, pero a ella propenden irresistiblemente las masas impacientes y exasperadas, militen bajo una u otra bandera.

Respecto de la primera variedad de esa táctica, la huelga, los liberales tienen que distinguir entre el aspecto jurídico y la eficacia económico-social. Jurídicamente no hay más que un camino: respetarla, no como un derecho sustantivo, según hasta ahora se viene sosteniendo en las doctrinas y en la ley, porque la huelga es acto puramente negativo, sino como un caso de la li-